

DIAGNÓSTICO DE LA GRAVIDEZ

OSVALDO FÉLIX SÁNCHEZ*

A propósito del título, viene a la memoria destacar que en la historia de la medicina se registran tres prácticas médicas que pueden señalarse como las más antiguas: una, el parto; otra, las cataratas, y la tercera, la cirugía estética reparadora.

El diagnóstico de gravidez es un aspecto por demás interesante de la praxis médica, que mereció la aparición de diversos métodos para establecer el estado de preñez a través de los tiempos, comenzando con la prueba que utilizaban los antiguos egipcios unos 3.500 años antes del descubrimiento de la secreción hormonal durante el embarazo.

Una matrona romana era declarada grávida si parecía atolondrada; en Babilonia una mujer se hallaba *herayon* si su caminar era lento; *enceinte* en Francia si el vino enturbiaba la orina y en Alemania estaba *bedeutungsvoll* si tenía antojos de alimentos extraños.

Tanto los médicos italianos como los españoles y árabes se valían de otros signos para establecer si una paciente se encontraba encinta, embarazada o *hamel*, pero ninguno de ellos dilucidaba la cuestión con la rapidez, precisión y contundencia que conceden los métodos modernos. Una estimación hace ascender a millones las pruebas biológicas e inmunológicas de la gonadotropina coriónica presente en las muestras de orina con el objetivo de diagnosticar el embarazo en las primeras seis semanas.

Alrededor de 3.500 años antes del hallazgo de la secreción hormonal durante el embarazo, los egipcios buscaron determinar el estado de gravidez mediante una prueba que consistía en observar la acción de la orina de la presunta embarazada en granos en proceso de germinación. Si brotaba una planta, se consideraba

que la mujer estaba grávida; si éstas no desarrollaban era señal de que no había sido fecundada.

El Dr. Paul Ghalioungui y sus colaboradores repitieron en El Cairo la antigua prueba de sus compatriotas y comprobaron que la orina normal contiene un factor inhibitor del crecimiento que parece desaparecer durante el embarazo. Acotemos que la prueba tuvo éxito en un 30 al 40%. En otros experimentos se demostró que los estrógenos –que aumentan durante el segundo trimestre del embarazo– estimulan el crecimiento de jacintos, fucsias, altramuces y varias clases de hortalizas.

Por su parte, el papiro Carlsberg indicaba que “si una cebolla que hubiera permanecido durante la noche en la vagina de una mujer conservaba a la mañana siguiente su sabor original, ello significaba que la paciente daría a luz”. El papiro de Berlín nos describe un brebaje recomendado con fines diagnósticos “consistente en leche de puerpera y sandía molida”. Si la mujer “vomitaba la repugnante mezcla, el diagnóstico era positivo; pero si sólo eructaba era señal de que no estaba grávida”. El papiro Kahoun –considerado el más antiguo– señala las indicaciones dirigidas a los médicos referidas a las pacientes que estaban grávidas manifestando que “al sujetarles los dedos y apretarles los brazos, el rostro se les tornaba verde o sentían en sus manos el latido de las venas”.

Los médicos chinos de la más que milenaria civilización creían que si el médico tomaba el pulso a una mujer, aquél podía concluir si estaba o no embarazada. Este pensamiento está fundamentado en la importancia que la medicina china asignaba al pulso.

Ingresando en la etapa que comprende la Grecia

* Profesor Adjunto de la Cátedra de Filosofía e Historia de la Medicina, Facultad de Medicina, Universidad Abierta Interamericana, Seccional Rosario. Responsable Académico de la Materia Electiva Derecho Sanitario y Bioética Aplicada, Facultad de Ciencias Médicas, Universidad Nacional de Rosario.

clásica, encontramos a Hipócrates de Cos –padre de la medicina– que indica que la ingesta de hidromiel (una pócima constituida por una parte de miel y diez de agua) ingerida por la mujer antes del sueño nocturno producía cólicos en las embarazadas, en tanto proporcionaba un descanso reparador en la esposa no grávida.

Plinio el Viejo, escritor y naturalista romano trató de determinar otros síntomas. Según él, “si una mujer se mostraba voluble, atolondrada, tenía los ojos empapados o sentía náuseas, era signo de que había concebido y comenzaba a engendrar”. Además ninguna prueba moderna puede equipararse al sistema de señales inmediatas ideado por el griego Sorano de Éfeso, precursor de la ginecología; Sorano sostuvo que “si una mujer siente después del coito que se le erizan los vellos de la piel, y experimenta una sensación de que se le cierra el orificio cervical... está grávida”.

En el Talmud de Babilonia se asevera que la simple observación del andar de una mujer sobre un terreno blando permite establecer si se halla o no embarazada: “si deja huellas profundas está herayon, pero si pisa suavemente no está grávida”. Los síntomas descritos por Aecio de Amida son menos finos: “espinitas, pecas y senos hipertrofiados. Otro médico, en este caso árabe –Avicena– explicó que la formación de una película nacarada sobre una muestra de orina “constituía un signo manifiesto del embarazo”. Lo que Avicena ignoraba es lo que hoy se conoce, “que la cistefina aparece en cualquier muestra rancia”.

Para el filósofo alemán Alberto Magno una de las evidencias del embarazo era la apetencia caprichosa de alimentos. Recomendaba la prueba de la miel preconizada por Hipócrates con una salvedad: “a las pacientes no debía decirse el propósito que se perseguía con la administración de la bebida, ni prevenirlas sobre las consecuencias de la ingestión.”

Durante el Medievo, la uroscopía constituyó un método de aceptación general para el diagnóstico del embarazo. Es conocida la anécdota de un duque que trató de burlarse de un médico-sacerdote al sustituir la orina de una embarazada por la suya propia. Al descubrir la superchería, el avisado clérigo predijo que en 30

días el duque concebiría el fruto milagroso de la maternidad en sus propias entrañas.

A su vez, el médico italiano Michele Savonarola formuló el aserto siguiente: “La orina de las mujeres embarazadas debe considerarse con gran solemnidad.” El médico galo Jean Fernel –llamado el “Galeno francés”– señaló que la orina debía ser sometida a la prueba del vino: “un signo positivo era la turbiedad del líquido, que debía tener un aspecto similar al agua en que se han hervido alubias”.

Por su parte, el médico suizo Jacobo Rueff en relación a este tema escribió una obra a la que concedió un título por demás de largo pero simpático: “Un librito de consuelo, concienzudo y jovial, sobre las penalidades del embarazo” donde describió otro método de ensayo: “sostuvo que si una aguja lustrada que hubiera estado sumergida durante la noche en orina presentaba manchas rojas, la muestra provenía de una mujer embarazada, pero si el metal permanecía negro y brillante la mujer no había concebido”.

En el Londres del siglo XVII vivió Nicholas Culpeper, cuya actividad juntó la astrología y la medicina. Aseguraba que una mujer podía saber rápidamente si se hallaba o no embarazada, al sostener: “si después de haber tenido unión carnal con su marido se sentía más satisfecha que de ordinario, estaba embarazada”.

El famoso obstetra británico William Smellie afirmó con rotundidad que los reconocimientos internos no podían realizarse antes del cuarto mes, ya que el óstium uterino de las mujeres no grávidas como el de las embarazadas “se palpaba como la boca de un cachorrillo”.

Dejamos a un lado el tratamiento de las creencias populares y fábulas tejidas en torno a este tema. Igualmente no nos referiremos a algún caso de pseudociencia y menos a las pruebas modernas del embarazo indicativas de la presencia en la orina de la gonadotropina coriónica producida por las células de Langhans de la placenta, todo lo cual será contemplado en otros artículos.

Lo que también es cierto que, respecto al diagnóstico de gravidez, la bioquímica está contestando a un interrogante presente desde siempre en la humanidad.